

EL BARÓN BÜSSENHAUSEN, ANIMADOR DE UNICORNIOS

Pablo ANDRES ESCAPA

A petición de la baronesa viuda de Büszenhausen traemos a estas páginas el recuerdo del barón, cuyas divagaciones en el espinoso campo de la antropología comparada han tenido la virtud de turbar por igual a hombres de letras y a sujetos más pasivos. Las atinadas páginas que J. J. Arreola dedicó en 1952 a esclarecer la polémica Historia comparada de las relaciones sexuales, única obra impresa del barón, ni siquiera atenuaron el estupor original. Bastará con recordar que la versión abreviada en inglés de ese monumento memorable promovió entre algunos círculos de intelectuales un resurgimiento del llamado «cortejo aglutinante», práctica de orden ardoroso e indiscriminatorio originada en una lectura superficial del capítulo dedicado por el barón a desglosar la vida en las comunidades prehamurábicas. Arreola, ajeno a ese apresurado anhelo comunal, que tanto confundió en Oxford y tanto indignó en Berlín, limitó su texto a celebrar la fina sagacidad de Büszenhausen en aquel pasaje que define el matrimonio como un rasgo característico de la crueldad babilonia. (1)

El barón Büszenhausen falleció el día de Navidad de 1923 a consecuencia de una imprevista ingestión de metales. La muerte le sorprendió cuando se hallaba trabajando en la depuración del mecanismo destinado a gobernar el vuelo nupcial de su infausta libélula de iridio. Es esta una rara circunstancia que la baronesa no se explicó en un principio. «Pero entonces yo no habí-a leí-do el diario de Büszenhausen», nos comunica, curada ya de toda extrañeza inicial. Hace poco menos de un mes la baronesa tuvo una intuición espléndida: abrir el diario y leerlo. De esta tarea se abstuvo durante setenta y cinco años por respeto a la memoria del barón difunto, y también, nos dice en su carta, por desinterés. Convencida de la importancia del documento ha decidido sacarlo a subasta y reparar la apatía inicial. Para no flaquear en su propósito la baronesa se ha impuesto la disciplina de encargar un traslado del diario, de remitírnoslo, de pedir nuestra colaboración en su publicidad y de avivar nuestro interés de posibles compradores. Con el producto de la subasta la baronesa confía en adecentar su castillo de Friburgo, incluido el vasto jardín, maltratado de abandono, y consagrar un busto y una sala a la memoria del barón.

El hecho primordial que revela la lectura del «diario científico» de Hugo Büszenhausen es que por encima de la antropología, el barón brilló con fulgor inalcanzable en el arte mecánico de fabricar autómatas mediante el concurso principal de metales dúctiles. Advertimos igualmente una reiterada injerencia de la Poesía en su labor manual, no siempre de fácil justificación. No creemos equivocarnos, sin embargo, en el estímulo que propició un dístico que hallamos en la página trece del diario. A un respiro en el laboratorio, o quizá a un sobresalto del espíritu ante una inesperada visión bajo la luna, atribuimos estos versos que contienen a una baronesa sonámbula, sorprendida en nocturno paseo por el jardín. Digamos también que el ejemplo escogido -aparte la

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IV, 15 (diciembre, 1998)

deliberada ambigüedad- demuestra que el barón, metido en harinas líricas, fue un impávido cultivador de los más altos acentos virgilianos:

Ibas oscura, sola bajo la noche, sombra gigante;

amistosa, dormida, rotunda, cuadrupedante.

Cuatro etapas o periodos pueden postularse para abordar con orden la evolución de los trabajos mecánicos de Büszenhausen. Es indudable que la copiosa biblioteca científica de este homo faber sirvió de fuente inspiradora de más de una criatura. La dependencia del texto impreso es particularmente notoria en la etapa inaugural de su producción, que llamaremos, periodo emulativo. Con esa lujuria de informaciones interlineales que solo la lectura reiterada de un pasaje sabe revelar, Büszenhausen se detuvo en la breve mosca de hierro que Athanasius Kircher atribuye a la habilidad del Regiomontano en menos de seis líneas. Se trata de un párrafo carente de informaciones decisivas para una inteligencia mediana. Pero Büszenhausen, con una pericia fuera de lo común, se las arregló para extraer de ese fragmento exiguo una riquísima doctrina sobre el movimiento de los graves y procedió de seguido a su aplicación. Lástima que el diario no sea explícito en los detalles técnicos. Aquí-, creemos, se interpuso la Poesía. Así se entiende que el barón prefiriera emplear plomo en vez de hierro, por elevar materia más pesada, diríamos, y a obtener una abeja en vez de una mosca, por conciliarse mejor con el maestro de las Bucólicas y de las Églogas. La abeja de plomo, si no desconfiamos de los apuntes del barón, voló admirablemente y supo, como la mosca de hierro emulada, posarse en la mano de su dueño. Tal fue el modesto principio, que corresponde a un 9 de marzo de 1911. Aún otro asombro se acumula en ese año inverosímil: una variación sobre el célebre pato artificial de Vaucanson, ingenio que, según asegura la Gran Enciclopedia Espasa, «nadaba, batía las alas, agitaba la cola, se erguía sobre los pies, cogía granos con el pico, deglutía, digería y evacuaba por las vías ordinarias». A mayores, el pato del barón emigro al llegar octubre (2).

Entre 1912 y 1914 se extiende el que llamaremos provisionalmente, y a la espera de un estudio más completo, periodo realista. Es el de menor producción manual de los cuatro pretendidos. Sin embargo, es el más prolífico en anotaciones. De su examen extraemos las lecturas que inspiraron al barón en ese bienio. El Physiologus, atribuido a San Epifanio, el Bestiario de Toscana, que lo amplía, el Hortus sanitatis impreso en Maguncia, que lo oscurece, la Physicacuriosa de Gaspar Schott, el Antiguo Testamento, iluminaron a Büszenhausen entre 1912 y 1914. La conjunción de esas lecturas produjo en el verano de 1914 el extraordinario cirogrillo (de zinc), animal de oscuro linaje hebraico que, de forma un tanto inmoderada, ha sido identificado por algunos traductores de los salmos con el conejo y con el erizo. Büszenhausen, desechada la exégesis secular, las toscas xilografías y los dibujos simbólicos, resuelve la confusión con su habitual sagacidad. El apunte que reproducimos tiene todo el sabor de la anotación a vuela pluma y no carece de la urgencia propia de la escritura dictada por la revelación: «El cirogrillo, digo yo, es animal semejante a una musaraña y a un oso, de carácter débil, pero rapaz y mortífero. No teme al hierro, luego zinc». La difícil

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IV, 15 (diciembre, 1998)

criatura surgida de la reflexión de Büsßenhausen tuvo un violento final: acabó aplastada en un vaivén de la mecedora usada por la baronesa. «¿Cómo llegó el cirogrillo al jardín desde la torre?, ¿qué le llevó a ocultarse bajo la mecedora?, ¿oyó Alberta el quebranto del metal en su balancín?», se plantea rigurosamente el barón. «Indagar», propone en una línea sucesiva del diario, en lo que entendemos es palmaria, aunque sucinta, exposición de su alma científica.

7La predilección de Büsßenhausen por las excepciones se acentúa en su siguiente periodo, que llamaremos práctico. Le convienen los cuatro años que median entre 1915 y 1919. Una preocupación nueva, acaso espoleada por la Gran Guerra, triunfa en el diario de Büsßenhausen en este intervalo: la utilidad de la máquina creada. Inaugura el periodo el rentable camaleón bilingüe, concebido con la excelente cualidad de recuperar, desde terreno firme, parejas de pequeños objetos sumergidos mediante la ingeniosa proyección de las dos lenguas. El barón deja constancia en el diario del exitoso rescate del monóculo y la peineta de la baronesa, previamente arrojados en el estanque del jardín. Peor suerte corrió el bastón de plata, irrecuperable en las aguas abiertas del lago de Neuchâtel. No comentaremos las fallidas creaciones -el propio barón las censura- que a efectos de izar el báculo hundido proyectó Büsßenhausen: el áspid polípodo, demasiado ciego para sondear el lago; la lechuza magnética, deficiente buceadora. A 1919, y cerrando el arduo periodo práctico, corresponde el ratón de bronce. Inspirado en el principio médico del similia similibus curantur, la invención de Büsßenhausen supo aliviar la bodega de los ratones naturales que la inquietaban mediante su simple imposición central en el recinto. Creemos que esa imagen armónica -que exige barricas de roble, un ratón de bronce del tamaño de un armadillo, una muchedumbre de ratones despavoridos y abundante penumbra-, sugirió al barón la posibilidad de ensayar animaciones corales. Fruto de tal especulación es el «Belén apócrifo», así citado en el diario, que inaugura el cuarto y último periodo menestral de Büsßenhausen. Lo llamaremos extravagante o mítico.

Es de justicia destacar, antes de seguir adelante, que la laboriosidad de Büsßenhausen se benefició en todo momento del desinterés de la baronesa por su trabajo, circunstancia que, sin duda, le ahorró tiempo y explicaciones. El secreto con que el barón produjo su obra le puso a salvo de recelos científicos que habría, asimismo, entorpecido su labor. Bástenos recordar la controversia que suscitó su obra antropológica, cuando él ya estaba ausente. Y es verosímil que la Iglesia hubiese tenido algo que objetar al Belén apócrifo del barón de haberlo visto. Porque en esa versión del nacimiento del Salvador volvió a interferir la Poesía, digamos que en detrimento de la ortodoxia. Según el diario -«y oprimiendo la válvula roja»- el portal de Büsßenhausen produce un Pegaso que aletea y un Minotauro que bufa. Un canónico desierto de serrín soporta la transgresión de tres Magos que avanzan a lomos de centauros. Oportunamente accionadas, las cabalgaduras se yerguen y disparan sendas flechas que vuelan a clavarse en un falso cielo de estroncio, que en realidad oculta un mecanismo que al contacto de las flechas precipita una admirable nevada por su dosificación sobre el conjunto.

Desde la Navidad de 1920 hasta el día de su muerte Büsßenhausen no inició nuevos periodos mecánicos. En cuerpo y alma se entregó a la ampliación del Belén, a menudo

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IV, 15 (diciembre, 1998)

con creaciones sutiles. Entre los ordinarios rebaños de Judea, introdujo el barón un vellocino dorado que, anota en el diario, «da gusto descubrir entre la ganadería común». Custodiando las puertas del palacio de Herodes, Büszenhausen dispuso un canchero de cuatro cabezas que aullaban por turno a los cuatro puntos cardinales, empezando por el Norte. También hay constancia en el diario de la persecución del arte por el arte en curiosa armonía con el más estricto naturalismo, equilibrio representado por un topo de berilo que funcionaba oculto bajo el suelo fingido del Belén.

Pero sin duda alguna, la animación más admirable de toda la artesanía de Büszenhausen fue el pequeño unicornio de oro. En posición de reposo esta maravillosa figura descansaba sobre un imperante risco de cartón. La falta de explicaciones técnicas del diario desasosiega especialmente en el caso del unicornio, que, a lo que parece, no fue una criatura mecánica más. En cierto sentido significó una vuelta a los primeros tiempos del pato mejorado de Vaucanson. Porque el pequeño unicornio de oro, sin concurso de cuerda ni motor, se comportaba según su índole fabulosa. En las noches lunares le acechaba la melancolía, y el barón, que sabía reconocer en los ojos azules de su criatura esa tristeza periódica, le abrió la ventana del laboratorio para que admirase el jardín. Sensible al misterio virginal, el unicornio solía descender de la montaña en miniatura y reposar la cabeza sobre el regazo inmaculado de María. A veces se ocultaba durante horas entre la espesa selva de musgo y hojas con que el barón arropó las riberas de un torrente de estaño. Otras, salía a recibir la nieve que enviaba el falso firmamento de estroncio. Contra lo que escriben Plinio y San Isidoro, jamás acometió a los centauros.

Puede decirse que la felicidad del unicornio precipitó el destino de Büszenhausen. El barón, fiado de las fabulaciones que fingieron los poetas antiguos, quiso deleitar a su criatura con la danza nupcial de dos libélulas, que es espectáculo, según refiere Ctesias, que distrae soberanamente a los unicornios. La última anotación del diario, fechada el día de Navidad de 1923, refleja un grave contratiempo para el recreo pretendido: «la libélula hembra, a pesar del sutilísimo oviducto de acero que incorpora, en el aire se comporta como una auténtica máquina soltera. Su independencia asusta» (3). Conocemos el resto de la historia por carta de la baronesa: «Al caer la noche y en vista de que Hugo no bajaba, subí a la torre. Al ascender por la escalera me topé con lo que resultó ser el diario; unos peldaños más arriba encontré el cuerpo desplomado del barón. Una horrible palpitación metálica le llenaba la boca. Oí rumores en el laboratorio y entreabrí la puerta. Me pareció que la penumbra se animaba repentinamente. El horror se apoderó de mí. Dejé caer el quinqué, tropecé con el cadáver de mi marido, rodamos juntos por la escalera. Me desvanecí. Cuando abrí los ojos la torre era una hoguera. Todos estos años he tenido la impresión de que un fulgor de oro me adelantaba en mi caída y se perdía en la noche del jardín».

La lectura del diario ha aclarado muchos misterios a la baronesa. Un nuevo interés por la figura del barón la ha llevado a recuperar la Historia comparada de las relaciones sexuales y a leer con avidez los cincuenta capítulos aplazados. Paralelamente, ha recuperado el gusto por la familia. Estos días acoge en el castillo a la hermosa Eva Trapp, nieta tardía de su hermana Ulrika, que, alarmada por los galanteos estivales de la

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IV, 15 (diciembre, 1998)

joven con un soplador de vidrio veneciano, ha juzgado oportuno enviarla a Friburgo una temporada. La baronesa, agitada tal vez por las recientes lecturas, se interesa con un fervor impropio de sus años por la moralidad de su sobrina. Pasean juntas por el jardín y la joven -nos escribe la venerable tutora- se extasia ante la estatua de una Venus que se anuda las sandalias o ante el abandono de los árboles, sofocados de zarzas y de pájaros ocultos. La baronesa se demora en los paseos con una esperanza: que la exposición de la bella Eva Trapp extraiga de la espesura al unicornio de oro. Al hallazgo de la obra cumbre de Büszenhausen podría agregar entonces el júbilo doméstico de la probada integridad de su sobrina. «Valiosa prez -nos dice- en estos tiempos de oprobio y confusión, por citar los adjetivos que Hugo dedica en su libro a describir el torpe contubernio que desde el siglo II de nuestra fe impera en las callejas mal iluminadas de Agrigento. Y de Venecia, me atrevo a añadir yo». Una única sospecha ensombrece la esperanza de la baronesa: que el diario del barón difunto sea tan experto como su Historia comparada, y que se cumpla el triste apunte que advierte que el unicornio, al verse prisionero, pierde lustre y muere de indignación.

El diario de Büszenhausen, junto a una informe amalgama de metal fundido producto del incendio de la torre, y a un fragmento de iridio extraído incólume de su boca -que fue «atónito nido de libélula célibe», escribe, arrebatada, la baronesa-, se subastará en Berna el próximo mes de abril. La noble anciana nos advierte en su carta que, con algo de fortuna y perseverando su sobrina en la castidad, espera enriquecer el lote con un unicornio dorado de veintidós onzas de peso, si el diario es exacto.

1. [Hugo Büszenhausen]. Inmemoriam. [Vigencia de la Historia comparada de las relaciones sexuales en el trigésimo aniversario de la muerte de su autor], Ciudad de México, 1952. Arreola refiere que la publicación de la Historia fue póstuma y que iba dedicada a la baronesa. Con exquisitas palabras recrea la emoción de la viuda en el momento de recibir el primer ejemplar de la tirada: «La noble señora leyó entre lágrimas la dedicatoria de dos páginas, compuesta en reverentes unciales germánicas. Por consejo amistoso, ignoró los cincuenta capítulos restantes, gloria imperecedera de su difunto marido, y puso en un estuche italiano aquel volumen explosivo»

2. En 1929 el anticuario de Esmirna Joseph Cartaphilus, intentó vender un ánade de bronce y hierro «que sabía perderse en el horizonte» a la princesa de Lucinge. Como nadie ignora la princesa únicamente aceptó del anticuario los seis volúmenes en cuarto menor (1715-1720) de la *Ilíada* de Pope. Es fama que Cartaphilus y sus mercaderías perecieron en el mar. Periódicamente, algún impostor que se hace pasar por el anticuario de Esmirna, surge para ofrecer prodigios a un precio no siempre razonable

3. Sin duda que este apunte, si llega a conocerlo, interesará profundamente a don Enrique Vila-Matas, que en su *Historia portátil de la literatura abreviada* atribuye a Marcel Duchan y al año de 1924 la creación de la sociedad secreta Sandy. Los estatutos fundacionales exigían «junto a que la obra de uno no fuese pesada y cupiera en una maleta», la condición de «funcionar como una máquina soltera». ¿Fue Büszenhausen un precursor de la conspiración Sandy? ¿Acaso no funcionó él mismo como una máquina soltera durante sus doce años mecánicos? A los miembros de esa sociedad se les recomendaba adicionalmente la tensa convivencia con el doble y el cultivo de la

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IV, 15 (diciembre, 1998)

insolencia, requisitos ambos que debieron transmitirse al vuelo nupcial de la libélula de iridio fabricada fatalmente por el barón.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IV, 15 (diciembre, 1998)

Copyright ©



PATRIMONIO
NACIONAL

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca. Depósito legal: M-1496-1996.